

DR. LUDWIG WATZAL, MUNICH

Universidad del Ejército Federal, Departamento de Ciencias Sociales

Iglesia Católica y Tercer Mundo

Desde hace más de veinticinco años la Iglesia Católica despliega una ayuda activa al desarrollo. De sus filas llegaron las primeras voces, que se orientaban con mayor decisión en las condiciones socioeconómicas de cada sociedad concreta y de las necesidades de los hombres. Este cambio consciente no se produjo de modo repentino, sino que se desarrolló a lo largo de todo un siglo, hasta que en los años cincuenta alcanzó abiertamente su articulación. La Iglesia Católica, junto con la Evangélica, fue la primera organización que se hizo cargo de la miseria en el Tercer Mundo.

Tarea primaria de la Iglesia es la de restablecer la relación del hombre con lo Absoluto-Trascendental rota por el pecado. Con ello hay que mostrar un acceso a la Humanidad hacia lo absoluto como propia meta de ella. De igual modo la Iglesia de Jesucristo ha de anunciar «el Reino de Dios» y hacer visible su voluntad. Por esta razón la Iglesia debe mostrar su benevolencia hacia los hombres y ejercer su resistencia contra el mal en todos los ámbitos sociales. Esto debe tener lugar en los moldes de la palabra y de la acción. Quiere esto decir, en concreto, que la Iglesia ha de prestar atención a los pobres, a los necesitados, a los oprimidos, a los que sufren injusticias, pero también a los ricos porque, según la doctrina de la Iglesia, Cristo ha muerto por todos y, con su muerte, a todos ha redimido.

En el documento doctrinal del Papa «Evangelii nuntiandi» se pone de relieve, que la liberación por medio del Evangelio no

puede limitarse a la dimensión económica, política, social y cultural, sino que «debe ver al hombre todo en todas sus dimensiones, incluida su apertura a lo Absoluto, que es Dios». Según el Papa Juan Pablo II la evangelización abarca en sí la preocupación por el desarrollo humano y por el progreso social. La Iglesia Católica tiene obligación de interesarse y comprometerse en estos problemas, dentro de lo cual, sin embargo, el marco espiritual ha de tener primacía sobre el material.

Mucho antes había trazado ya el Papa Pio XI el marco, apuntando a que la Iglesia no tiene la misión de hacer valer su autoridad en aquellos ámbitos, que caen en el círculo de competencias de cada una de las ciencias. Según esto la Iglesia sólo puede hacer declaraciones obligatorias en relación con las leyes morales. La moralidad y la fe religiosa están estrechamente vinculadas; a la tarea de la Iglesia pertenece poner en mano de sus creyentes los criterios para la recta actuación moral. Cuando la Iglesia toma posiciones respecto a decisiones políticas, debe estar claramente fundamentado su juicio moral. En el marco de la política de desarrollo está dentro del círculo de competencias de la Iglesia el tomar posición cuando no es respetada la dignidad del hombre. La Iglesia tiene justa autoridad para este juicio moral, ya que es conculcada la dignidad humana y, con ella, el hombre mismo «como imagen de Dios». En último término se trata, en este caso, de una agresión contra el Transcendente-Absoluto en sí mismo. Por esta razón la Iglesia debe ejercer un oficio en la sociedad, especialmente en el marco moral. Ella sólo puede cumplir su misión salvadora, si se dirige contra aquellas injusticias sociales y políticas que impiden un seguimiento de la ley moral divina. De aquí deduce la Iglesia su derecho a intervenir en la vida social y política. Cuando los hombres se hallan, por ejemplo, en grande penuria, cuando las relaciones políticas son de tal género que atentan contra la libertad y justicia y están en contra de un orden social digno del hombre, entonces surge, desde la Revelación, en el sentido de un Catálogo negativo, la exigencia concreta y directa a eliminar estas situaciones inhumanas.

En el Memorandum con relación a UNCTAD queda patente cómo ven ambas confesiones o Iglesias Cristianas su tarea en el marco internacional. En él se dice que las Iglesias Cristianas, cuyos fieles viven y tienen responsabilidad social, tanto en los países en desarrollo como en los países industrializados, deben

asumir un papel activo en esta cuestión de proporciones mundiales. Las Iglesias ejercen oficio de abogado de los pobres en las sociedades de abundancia y consumo y deben intervenir en la eliminación de la injusticia. En esta tarea la Iglesia no puede representar los intereses de un Estado determinado, sino que ha de ser abogada de los hombres. Su meta en el más supremo rango es defender lo humano a través de todos los tiempos.

¿Puede servir el Evangelio a la Iglesia Católica para legitimación de su acción política? Esta pregunta ha adquirido precisamente en los tiempos recientes actual importancia, en virtud de la Revelación cristiana, puesto que una y otra vez se ha intentado justificar la resistencia contra el Estado y, con esto mismo, declarar como sacrosanta la propia posición y hacerla inmune contra toda crítica.

Cuando en el Nuevo Testamento se habla de dominio es en el sentido de «dominio del Reino de Dios». Sobre este fundamento cualquier soberanía política se hace relativa y pierde su exigencia de absolutismo. La resistencia es lícita a partir del abuso notable, como hizo constar ya el Papa León XIII en la Encíclica «Immortale Dei». Esto ha sido de nuevo corroborado por el Concilio Vaticano II, por el que a todo ciudadano le asiste el derecho a defensa frente al abuso del poder estatal, «ciertamente dentro de los límites del Derecho natural y del Evangelio».

El mensaje cristiano es primariamente religioso y no se debe entender ni utilizar en sentido político. Este punto de vista está también representado por el Vaticano II. Puede hacerse constar, resumiendo, que de la Sagrada Escritura no cabe deducir recetas políticas y soluciones, ya que esto es un atentado contra el mensaje cristiano y contra la misión de la Iglesia.

Los resultados de estadísticas más recientes confirman, que hasta el 80 % de los católicos están a favor de una práctica actuación de la Iglesia en el Tercer Mundo. Esta actitud se apoya, además, en que un 46 % su pronuncia a favor del envío de colaboradores al desarrollo, que entonces dirigen proyectos y organizan. Un problema de aceptación, respecto a la ayuda al desarrollo, no parece existir ya entre los católicos alemanes, ya que un 90 % de ellos se muestran sensibilizados por las informaciones sobre el Tercer Mundo, especialmente en cuanto atañe a los problemas de la pobreza y del hambre.

Si se echa una mirada al balance de la ayuda convencional al desarrollo, por lo general debe considerarse negativa. Así,

en la configuración de un nuevo orden económico mundial, no se ha producido progreso ninguno. Los condicionamientos del comercio mundial perjudican en numerosas regiones tanto a los países en desarrollo, que la ayuda a éstos por parte de los países industrializados ni siquiera representa un justo equilibrio. La idea de la integración de los países en desarrollo a la economía mundial ha contribuido hasta ahora poco a su desarrollo. En mayores proporciones todavía ha convertido a los países del Tercer Mundo en dependientes de los países industrializados. Realmente el retroceso del desarrollo por la «Aid-By-Trade-Concept» no se ha reducido, sino que se ha hecho cada vez mayor. De este modo, por ejemplo, la participación del comercio mundial de los países no exportadores de petróleo ha retrocedido en un 50 % en un espacio de veinte años. La creciente dependencia de los países en desarrollo se hace más patente, si se considera el alto endeudamiento de los países del Tercer Mundo. Este endeudamiento tampoco parece resolverse por la mágica palabra del «crecimiento». El credo de los economistas liberales de que el salto a la sociedad industrial debe hacerse a través de los altos plazos de crecimiento, todavía no se ha materializado hasta hoy en los países en desarrollo. Los modelos convencionales de crecimiento no parecen funcionar ya a causa de las restricciones condicionadas por el medio ambiente y por las otras de carácter sociopolítico. Se exigen impulsos, que empiecen por lo más elemental, es decir, por el hombre mismo. En esta materia se reclama la presencia de las Iglesias, ya que su actuación y preocupación pertenecen primariamente al hombre.

La Iglesia pone su acento en la solidaridad con los pobres, en el hermanamiento con los países del Tercer Mundo, en la creación de justicia en las relaciones del comercio internacional y en la renuncia a una política de desarrollo dirigida por intereses.

El fundamento de la actuación eclesial es un concepto del hombre, que parte del hombre como imagen de Dios, y es por ello persona. Por tal razón el desarrollo no puede ser entendido como unilateralmente económico, como hacen las tradicionales concepciones y teorías, sino que su meta es, en último extremo, la orientación de la vida a lo Trascendente-Absoluto. Para ello han de crearse condiciones sociales, que sirvan al desarrollo y perfeccionamiento de la persona humana, así como garantizar su participación en el progreso social. La economía es sólo un

medio para la realización del individuo. La producción de bienes sólo tiene sentido, cuando sirve al perfeccionamiento espiritual y moral del hombre. Un desarrollo puramente materialista es para la Iglesia Católica equivalente a un subdesarrollo moral.

En la idea de desarrollo propia de la Iglesia Católica está como fundamento un concepto inmaterial y espiritual de desarrollo, en cuyo centro está el hombre como persona y al que, en definitiva, ha de servir cualquier desarrollo. A la Iglesia le importa esencialmente la totalidad del desarrollo, y aun por cierto la incorporación de todas las dimensiones del hombre a su desarrollo. Asimismo aboga la Iglesia por la autorealización de los pueblos. Quiere decir esto, en concreto, que las diferencias culturales y de otro género no pueden ser vistas como estorbos al desarrollo, sino que sirven como fundamento del mismo.

La iglesia no habla de subdesarrollo, ya que a cada uno se le ha encomendado desarrollarse espiritual y moralmente. Por esto sólo puede haber pueblos desarrollados de modo diferente, pero no hombres ni pueblos subdesarrollados. En la idea de desarrollo de la Iglesia el hombre ocupa el lugar central; por el contrario, en las teorías de la modernización y de la dependencia sólo aparece como objeto de coacciones políticas, económicas, estructurales y sociopolíticas. En las teorías de la Politología se parte del fenómeno del subdesarrollo, que debe ser superado a través de las diversas estrategias. En este proceso al hombre le compete tan sólo una función de objeto. Aparece como determinado. En oposición a esto la Iglesia ve al hombre como un ser libre.

Las diferencias culturales no son consideradas como frenadoras del desarrollo, sino que hay que conservarlas y, en su caso, ser impregnadas con el espíritu del Evangelio. La Iglesia está abierta ante toda cultura. No está ligada a ningún determinado sistema político, económico, social y cultural. De aquí se sigue que la Iglesia tiene obligación de promover la autorealización de cada pueblo, puesto que la cultura se configura de diversa manera de acuerdo con su tradición político-cultural.

Al factor cultural dentro del proceso de desarrollo se dedica en los últimos tiempos más atención, ya que se ha puesto de manifiesto que la cultura es, sobre todo, la base del desarrollo. Por haberse reconocido este dato intentan las diversas organizaciones establecer una síntesis entre cultura y desarrollo.

El Papa Juan Pablo II pone de relieve el eminente papel de la cultura en relación con el proceso del desarrollo. Pero pone

siempre esto en relación con el componente espiritual-religioso. Para la Iglesia sólo puede haber un desarrollo integral, es decir, bajo la inclusión de lo religioso.

Por la evangelización de las culturas, o la inculturación del Evangelio, se robustecen los auténticos valores de una cultura, se purifican y corrigen los errores axiológicos. No hay que destruir su singularidad e identidad, sino que es consolidada. Nada tiene esto que ver con la acomodación del Evangelio a la respectiva cultura autóctona o viceversa. De esta manera el contenido del Evangelio puede experimentar las más diversas formas de expresión, sin perder algo de su sustancia. La diferencia respecto a métodos antes practicados, igual que en lo tocante a la acomodación, consiste en que toda cultura autóctona no tiene que renunciar a sus transmisibles elementos culturales; como esto acontece tampoco por parte de la Iglesia Católica. Ambos marcos culturales entran así en una tensa relación fecunda.

A la Iglesia Católica le corresponde la tarea de hacer un camino que preserve a los países del Tercer Mundo ante el riesgo de perder su propia identidad cultural. Para ello está la Iglesia especialmente predestinada por su concepto de evangelización unida al desarrollo, ya que esta concepción se basa en el concepto cristiano de hombre y toma en cuenta los elementos tanto de la teoría de la modernización como de la dependencia en la solución del problema del desarrollo. Puesto que el componente trascendental constituye un pensamiento implícito en la política de desarrollo de la Iglesia Católica, marca ella un nuevo camino a la discusión sobre la política del desarrollo. Esta concepción acentúa la perspectiva integral del hombre y evita con ello su reducción a elementos aislados. Con todo esto la Iglesia Católica hace una aportación original al desarrollo. Por su intervención decidida en favor de la dignidad del hombre en la política —particularmente en las relaciones internacionales— señala ella una ruta hacia *más humanidad*.